

también, de ambos. El amor como luminaria que aclara el camino en un mundo de corrupción y tinieblas. Veamos este problema más de cerca.

Las relaciones nocturnas entre Florencio y Susana son marcadas por el acento puesto en el contacto físico y no en la comunicación íntegra; inversamente, las relaciones diurnas entre Pedro y Susana se caracterizan por el candor y la comunión:

«Tus labios estaban mojados como si los hubiera besado el rocío...»

«De ti me acordaba. Cuando tú estabas allí mirándome con tus ojos de agua marina». (SII: 1DN, pág. 16.)

Pedro no besa los labios de Susana; el rocío (naturaleza matutina en forma líquida) *parece* haberlos besado. Entre el rocío de juventud y el mar de la madurez se distingue el volumen de corrupción moral: en la madurez se requiere las aguas del mar para *limpiar* de impurezas a Susana; en la juventud, tanta es la pureza, que el rocío se limita a adornar la frescura de unos labios, aún no entregados a Florencio o a Bartolomé.

Los «ojos de agua marina» son, a la vez, el espejo en que Pedro se mira (tan distintos a los ojos de su madre); la mirada de la inocencia, de vastedad marítima y de vida inconsciente; Susana como reflejo de una vida espiritual, profunda. En ambos hay lo que nunca se establece entre Florencio y Susana:

«Ayúdame, Susana... El aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, mientras el hilo corría entre los dedos detrás del viento...»

«Cuando tú estabas allí mirándome...» (SII: 1DN, pág. 16.)

El pecado y la inocencia cerrados en el corro formado por la vista y el tacto. Las manos de Pedro y Susana se anudan en el juego; las de Florencio y Susana sólo tienen una función: la caricia. Las miradas de Pedro y Susana son primigenias, inocentes y de fraternidad implícita. Las de Florencio y Susana sólo tienen un propósito: acariciar visualmente el cuerpo del otro, deteniendo la mirada en cada curva y en toda su extensión.

Susana —obsérvese bien— no recuerda a Pedro Páramo en forma consciente, dentro de este contexto, pero algo queda en su memoria asociado con lo masculino, espiritual y matutino. A la vez, perdura la noción que hace de la Tierra aposento de la corrupción; el mar, por otra parte, se manifiesta como el elemento purificador por excelencia. Si se le da atención a la posible educación sentimental de Susana, se podrá conjeturar que, dada la polarización radical que existe entre el joven Pedro y Bartolomé San Juan (en el nivel moral), Susana intentará hacer de Florencio un *ser sintético* que aúne la juventud y la diferenciación consanguínea de Pedro (ser diurno) con la relación posesiva impuesta por Bartolomé (ser nocturno). Florencio, en su estado sintético, debería cancelar la oposición entre relaciones «fraternales» (Pedro) y las incestuosas (Bartolomé). En otras palabras, lo que Susana parecería necesitar en su formación amorosa es la presencia del héroe que le ayudara a elevarse por encima del hermano y el padre. Pero Florencio no trasciende el nivel del erotismo y el pecado, con lo cual cambia la naturaleza de Susana, terminando en la locura:

...tú te ocupas nada más de las almas. Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor; hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos. (SIV: 16DN, pág. 105.)

—¿Verdad que la noche está llena de pecados, Justina?

—Sí, Susana. (SIV: 21DN, pág. 113.)

Hay entre Pedro y Susana una mutua influencia, tanto en sus vidas personales (constitución espiritual) cuanto en su enfrentamiento a la muerte. En Susana se forma un sedimento formado por los recuerdos del joven Pedro, recuerdos que se borran pero cuya presencia queda impregnando el subconsciente, cediéndole al fin el puesto dirigente a Florencio. En Pedro, la lucidez de tal influencia se dilata con la presencia de Susana y, después de que muere, el amor se convierte en una obsesión. Pero entre Susana y Pedro Páramo (antaño amigos) no hay comprensión de su dinámica interna: han pasado treinta años y con ellos sus caracteres han sufrido agudos cambios. Susana nunca llega a saber que, con su presencia, Pedro Páramo se aferra al último ideal de su vida. Por otra parte, Pedro Páramo tampoco llega a entender a Susana: «¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Esa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber». (SIV: 11DN, pág. 99.)

Desesperado por no poder consumir su amor con la Susana que tiene ante sus ojos, Pedro se ciega y no alcanza a entender parte de su destino: en las dos bodas que tuvo, la *luna* —figura astronómica de sentido trinitario: biológico, mental y toponímico la Media Luna— siempre hace acto de presencia, desvirtualizando sus nupcias con *sangre menstrual* (Dolores) o *desquiciamiento mental* (Susana). En ambos casos, un homicidio y la presencia de Fulgor Sedano, llevando a cabo órdenes de su patrón: en relación a Dolores Preciado, la muerte de Toribio Aldrete; en el caso de Susana, la de Bartolomé San Juan. Víctima de la ansiedad, Pedro Páramo busca a Susana en los brazos de «muchachitas» que le hagan recordar, al cerrar los ojos, a la Susana que en su juventud fue única fuente de cariño y comprensión:

Pensó en Susana San Juan. Pensó en la muchachita con la que acababa de dormir apenas un rato... Y se había abrazado a ella tratando de convertirla en la carne de Susana San Juan. «Una mujer que no era de este mundo». (SIV: 21DN, pág. 113.)

El destino como locura u obsesión, regido por un astro femenino: Pedro, bajo el signo de la obsesión, y Susana bajo el de la locura; en ambos casos, una excentricidad mental. En su juventud, Pedro y Susana se unían en la alegría del juego; en la plena madurez, por el contrario, ésta ama a Florencio en sus sueños, mientras que Pedro —añorando un pasado irrecuperable— cree amar a Susana al tomar otros cuerpos.

Contrastando esta relación con Susana y la que Pedro Páramo mantiene con su familia, notamos que esta última es una de distanciamiento. Con la abuela hay una relación más próxima, aunque no del todo, dada la inquietud que le causa la mirada escrutadora de la anciana:

—Estaba en el otro patio.

—¿Y qué estabas haciendo? ¿Rezando?

—No, abuela, solamente estaba viendo llover.

La abuela lo miró con aquellos ojos medio grises, medio amarillos, que ella tenía y que parecían adivinar lo que había dentro de uno. (SII: 2DN, pág. 17.)

La madre, por otro lado, es la figura más dolorosa y distante de toda la familia.

Nunca tiene una palabra de cariño para Pedro, y su amargura y correspondiente frialdad se dejan ver constantemente. En el relato, aparece un total de cinco veces (SII: 1-3DN; SIII: 2DN; SIII:28DN), siguiendo una trayectoria progresiva que parte de una posición de autoridad conminatoria (SII: 1DN) a una de abandono, lágrimas y soledad (SIII: 28DN), según Pedro Páramo la recuerda. A partir de la primera situación narrativa en que se establece un diálogo entre madre e hijo, lo que sobresale es el distanciamiento espiritual entre ambos, junto a la oposición diametral que se efectúa entre el joven Pedro y su contexto espacial.

- ¿Qué tanto haces en el excusado, muchacho?
- Nada, mamá.
- Si sigues allí va a salir una culebra y te va a morder.
- Sí, mamá. (SII: 1DN, pág. 16.)

En este diálogo, el único que entiende la situación narrativa es el lector: la madre asocia espacio (*inmundicias*) con posibles vicios del hijo (suciedad física/suciedad moral), mientras que el lector observa el contraste entre el espacio y la dimensión moral de Pedro: en un espacio excrementicio, Pedro dedica cada uno de sus pensamientos a Susana, persona de su devoción. El hecho de que Pedro conteste «Nada, mamá» (como en el caso de la abuela a quien, después de la misma pregunta, le dice que estaba en «el patio», es decir, en un *espacio abierto* y a la vista de todos) da a entender la falta de confianza entre ambos.

Lo primero que distingue a Pedro es, consiguientemente, su excentricidad y su incongruencia: no es parte esencial del todo que le rodea. La madre considera su aislamiento un acto casi condenable, pensando que su hijo, curioso de su pubertad, busca sitios en que pueda esconderse para explorar y gozar de su incipiente sexualidad. Y esto lo interpreta como algo pecaminoso («La culebra... te va a morder», es, en este contexto, símbolo fálico, pero en tanto que es *conocimiento vedado*). La madre de Pedro tiene *conciencia de pecado*, pero, en esta etapa de su vida, Pedro está en una situación inversa a la madre. El excusado parece ser el único lugar de la casa en el que Pedro puede estar a solas para pensar en Susana, sin recriminaciones de la madre («debías de ocuparte en algo»). Por otra parte, esta relación espacial o contextual es uno de los aspectos más recurrentes en la narrativa de Rulfo. Expliquémonos, roturando los tejidos de *Pedro Páramo* para ver situaciones paralelas en otros relatos del autor:

1. *Pedro Páramo*:

- a) Pedro está frente a dos tipos de inmundicia: una, *literal*, marcada por el sitio en que se ha encerrado para pensar en Susana. La otra, *metafórica*, perteneciente a la madre pensando en la actividad autoerótica en que supuestamente incurre su hijo. Pedro, sin embargo, se nos presenta en esta situación espacial como un espíritu noble y meditativo, dueño de un amor (limpio) hacia otra persona (no autoerótico). El amor de Pedro hacia Susana no es uno basado en la conjunción sexual sino en la comunión entre dos seres. Y esta comunión se consume en el *juego* (espacio abierto) y no en el *lecho* (espacio cerrado).
- b) Susana San Juan, en su locura postrera, imagina estar al lado de Florencio, entregándose a él con un ardor inextinguible. Mientras Susana piensa en Florencio, el P. Rentería —quien le está dando los últimos sacramentos— le hace que ingiera la hostia para consumir la comunión. Efectuada la ingestión de la hostia (cuerpo de Cristo), Susana dice lo siguiente: «Hemos pasado un rato muy feliz, Florencio». (SIV: 21DN, pág. 115.)